

la bendición que se realizaba con el nombre de bautizo, mientras temblaban las tejas vanas sobre su lecho de retama a los resoplidos del motor y los chiquillos atacábamos las golosinas de la fiesta.

La Serrana, La Casareña, La Zoriteña... una letanía de sustantivos que eran otras tantas Centralillas rústicas que garantizaban un alumbrado deficiente, pero seguro, y un pan moreno, pero diario. Los Párrocos bendecían la maquinaria de aquellas Santa Ana; La Virgen del Rosario; La Virgen de Guadalupe... al lado de unos empresarios vestidos de estameña que decían *el maneto* y *el dinamo* pero que respetaban los crepúsculos que marcaba el calendario.

¡Pocas *Fábricas de la Luz* entraron en quinta!. Del candil a la Centralilla, sin retroceso, y de éstas a los SALTOS del DUERO con vuelta al candil.

¡La Serrana, La Casareña...! ¡Como oigo las carcajadas de vuestros motores asmáticos en la tumba fría a que os llevaron manos irreflexivas cuando oís la Orden X. de la Restricción en el Consumo de Energía Eléctrica.

En bandeja de plata os sirve la venganza vuestro pomposo verdugo, ante la impotencia de sus 78 kilómetros de embalse, con cuatro pueblos sepultados en él y sus cuatro grupos de 45.000 kilovatios. Dios siempre tiene en sus manos la última bomba atómica.

Una lágrima y una oración para aquellas *Fábricas de la Luz* rústicas con sus motores asmáticos, que bramaban como bueyes, que se amamantaban con raíces del brezo de nuestras rañas y que tenían unos empresarios vestidos de estameña que decían *el maneto* y *el dinamo*, pero daban luz todos los días del año.

Barcelona, 25 de Octubre de 1945.

(Exclusivo para la Revista ALCÁNTARA).

IDEARIO EXTREMEÑO

«La unidad, que es lo grande, sin la variedad, que es lo bello, es siempre tristemente austera y tristemente grandiosa».

DONOSO CORTÉS.

«Jamás puede llegar a ser infeliz una nación donde se trabaje y el trabajo viva favorecido».

FORNER.

Un niño en la ventana

(Relato bárbaro)

Por FERNANDO BRAVO.

ROMANCE

La Costanilla de Alzapán, con desdentado pavimento de informes gujarros, con casuchas pardas de una sola planta—por fuera puerta y ventana, y al interior zaguán y alcoba—, es la última calle del pueblo en derechura a la ermita del Cristo del Humilladero, crisol de dolores, nidal de esperanzas, que no lejos, en la encrucijada de caminos, albea su cándida arquitectura entre el verdeplata perenne de los olivares que la enmarcan.

La Costanilla de Alzapán, ya puesto el sol en la neblinosa tarde de invierno, hierve en voces de comadres, greñas de chiquillos y trajines a la vuelta del trabajo. Humean vida hogareña las chimeneas que emergen agobiadoras por su gran tamaño sobre los tejados y flanquean la calle fingiendo torreones.

Costanilla arriba pasan unas aceituneras entonando un cantar de aviesa intención, mientras cruzan señas con los mozos vareadores que las cortejan.

—Lavandera, lavandera, || —le ha preguntado el galán—
¿por qué lavas siendo bella? || —Lavo por ganar el pan.

—¿Y no tienes tú marido || que te quite el trabajar?

—Lo tengo por mi desgracia || para beber y jugar.

—Repleta tengo mi casa, || repleta, no puede más;

lavandera, si tú quieres, || a lavar no volverás.

De amores la requerida || mirando el agua pasar,

tras la corriente del río, || ay, se quisiera marchar.

—Lavandera ¿dónde vives? || —le ha preguntado el galán—.

—Vivo donde no quisiera: || Costanilla de Alzapán....

Subida la cuesta, ya en el altozano, se perdió el cantar entre sonrisas y rumores.

RESBALÓN

Es de noche. En la barga de la costanilla una casucha de adobes roídos guarda como un latigazo el eco flagelante de la canción vespéral.

La casa es parigual que las vecinas; solo difiere de ellas en que al fondo tiene, además, un corralillo con cuadra, pero sin gallinas ni caballerías.

Bajo el mellado tejeroz de la calle, el vano de la entrada con el umbral desgastado, las jambas encorvadas y el dintel revenido, lo cierra un portón de maderas añosas, pandeadas y a medio desclavar, con un enorme cerrojo que tiene a las armellas a punto de desprenderse. A la izquierda, entrando, una ventana que más parece bulanra con dos barrotes cruzados y un tosco postigo.

Dentro el zaguán es amplio pero cochambroso. El suelo, que debió estar enlosado, solo conserva alguna que otra lancha como muestra. Las paredes, con ese amarillor sucio que les presta el humo cuando no se las blanquea amenudo, lucen sus desconchados con la misma tranquila impudicia que los mendigos sus lacras. El techo de tejavana se comba renegrido entre las gemosas vigas que lo sostienen.

Frente a la entrada se encuentran las puertas del pasillo y de la alcoba,

esta medio oculta por una cortina de percal rojo rameado de blanco, colgando de una varilla de hierro y rematada por abajo en volante de la misma tela con ancha fimbria de mugre. Encima, pendiente de un clavo casi despreso, un cuadro desnivelado, con el cristal roto en una esquina por donde se escapa un cromó de la Virgen de los Dolores.

A un lado la cantarera con una tinaja de asas raídas y desborcellado brocal, y un vaso de porcelana descantillada. Encima de la cantarera la pequeña alacena, sin puertas, deja ver unos míseros cacharros: una alcuza expresivamente mohosa, una cesta con las mimbres destrenzadas, un puchero, una sartén y dos escudillas.

Por el suelo, sin orden ni concierto, un arado sin mancera, un zacho con el astil partido, un tajuelo de corcho, dos sillas casareñas derrengadas y con las juncias del asiento sueltas.

En el rincón a que da el ventanuco está la gran campana de la chimenea con toza de pino. Sobre el morillo de cantería, se requema un tuero. Un niño de corta edad se entretiene echando a la lumbre faramalla que coge de unas taramas inmediatas, y escupiéndole después se alegra con el charrasquido que se produce.

—El niño está mejor y eso es lo único que debe interesarte.

—Eso es lo principal, sí; pero esta tarde las apañadoras han pasado por delante de mi casa cantando ese romance que me parte el alma.

—No hagas caso. Acuesta al niño pronto y tú procura tranquilizarte. Hasta mañana, adiós.

—Adiós.

Y ella le acompañó hasta la entrada. Rechinó el portón al abrirse y se cerró con estrépito.

En la barga de la costanilla, tras resbalar, un hombre se ha manchado de barro sus guantes de gamuza.

CENA

A la oscilante lucecilla de un candil sediento de aceite, unas sombras difusas bailan la danza de la espera por las paredes del zaguán. El humo de la lumbre rechazado por el cierzo de la Sierra de Cañaverál, va y viene adensándose en el techo.

Y el viento, galán de torres, trae ahora en volandas diez campanadas que le dió el reloj de su amada pueblerina.

Balbuceó el niño con su media lengua:

—Made, tero sopa.

La madre se acercó a la alacena, alcanzó la cesta y la sartén. Tamó asiento en el tajuelo, sentando al hijo ante sí, encima de sus pies. Cogió el candil y lo apagó de un soplo. El niño, miedo en penumbra, volvióse rápido abrazándose con fuerza a las piernas de su madre.

Le calmó la voz cariciosa de esta.

—Calla, bobín; si estoy yo aquí.

Y ya serenado el hijo, quitó la mecha al candil y la apretó contra el borde de la sartén. Al leve resplandor del humoso leño, se entrevieron unas gotas de aceite que escurrieron lentas hasta el hondón. Arrojó después con rabia la mecha a la lumbre, produciendo una luminosa crepitación muy del agrado del niño que batió palmas jubiloso. Sopló por un canuto de caña avivando las murientes ascuas, y unas llamitas finas y pálidas rodearon lamiendo el extremo del leño.

Terminadas de hacer las sopitas con la única bera de pan que quedaba en la cesta, la madre cogió una cucharada y, ensimismada en sus pensamientos, desde la misma sartén las ofreció a su hijo que, al probarlas, las espurreó con llorina y pataleteo.

—¡Rico, rico mío, corazón! ¡Calla, cállate, cariño! ¿Te has quemado tú, vidita? Y por mi culpa. Cállate, bobín; toma este bocado, verás que pronto se te quita eso.

Pero ahora, previamente, sopló la cucharada y luego la pasó por su boca en cercioramiento de bonanza, y se la volvió a dar.

—Toma, bobín; ahora sí que están buenas.

Y añadió empinando la cuchara de asta ya dentro de la boca del nene:

—¡Ajajá! ¿Ves tú, tonto?

Como por ensalmo desapareció el lloriqueo espantado por el apetito. Calmado éste, el niño trepó por las rodillas de su madre y engarzado al halda se quedó dormido con el sueño profundo y reposado del que se siente satisfecho y se sabe seguro.

La madre, alas en los pies, se incorporó suavemente, andando a tientas y de puntillas entró en la alcoba y acostó al niño, que ni rezongó siquiera, en la alta tarima. Salió de quedo, corrió la cortina y volvió a sentarse junto a las mortecinas brasas.

ESPERA

Fijos en la lumbre, los ojos de la mujer eran dos ascuas más.

El viento decembrino se colaba por las rendijas del portón y por las grietas del postigo. Sentía a la par frío por fuera y requemarse en el fuego que le brotaba de dentro.

Se oyó el tamboril de la lluvia redoblar en el tejado. Una gotera dejó escuchar la monótona cantinela de su caída intermitente.

Desvanecidas, cinglantes de lluvia, sonaron once campanadas.

Abriendo con un suspiro alivio a su consternación, musitó la mujer:

—¡Las oncel!

Y él en la taberna. Fantasioso y rumbón, vino de las Américas con plata, y ella tenía la casa y un huerto de olivos y naranjos. La familia se engolosinó, y aceptó la boda. Boda a la fuerza, porque él no era de su agrado y además rezumaba fama de vicioso.

Y, en efecto, manirroto y desprevenido, la plata se le fué cantando entre timbas y juergas: haragán y tumbón, entregó el huerto a la usura; bebedor y nocherniego, metió la casa en la panzuda barriga del tabernero, y, ahora, descaecido y sin vergüenza, vivía a costa de su mujer. De poco servía que ella se curtiera las manos y se desriñonara lavando. El marido en cuanto husmeaba algún dinero—¡y el diablo debió darle aquel olfato privilegiado!—se lo sacaba por las malas, a palo limpio.

Morado como los lirios del campo tenía Irene su cuerpo de nardo.

Cuántas veces cuando los cárdenos golpes eran presenteros, tenía ella que inventar pretextos para saciar la curiosidad comadrera de la taimada compañía de las vecinas.

—Que resbalé y me caí...

Cuántas veces, ya acostados, surgía la disputa espinosa y ella con el venablo de la palabra inmunda en su corazón, echada a puñetazos, a puntapiés, a palos, de la cama y de la casa, tenía que ir en paños menores, con el hijito en

brazos, de puerta en puerta, hasta que alguna vecina les abría el cobijo de su piedad.

Y esta noche la carcoma de aquel taladrante berbequí de canciones, ahondaba retorciéndose y desgarrando las entrañas de la esperanza.

Los cantares que por la tarde le restregaron las apañadoras de aceituna en los oídos de su conciencia, la despertaron del mundo de ensueños que como una vaharada exhalaban sus veinticinco años. De los veinticinco años de vida, los cuatro últimos estaban cegados por la desventura matrimonial.

—¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa!

Pensó en su situación actual; en el run-rún receloso suscitado por el menudeo de visitas que don Julián hacía a su hijo enfermo.

¡Ay, los ojos azules de don Julián, tenían fama doblada de dulces y audaces!

El recuerdo, como una caracola que llevara en su seno el murmullo inextinguible del mar, trajo la resonancia de la pegadiza musiquilla:

—¿Por qué lavas siendo bella?

—Lavo por ganar el pan.

Sobresaltada ante la clara evocación del hiriente sonsonete que le fluía como un surtidor interior, se oprime las orejas con las manos y hundida la cabeza entre las rodillas, llora. Pero en el recinto de su intimidad, el dolor, lejos de avivarse, se adormecía con invencible sopor ante la deleitable caricia martirizante de la insistente tonada:

Lavandera, si tú quieres,
a lavar no volverás.

¿Por qué este regodeo moroso en repetirse a sí misma los cantares con que calumniosamente rasgaban su honra las malas lenguas del lugar?

Llora y tiembla azogada cuando la desesperación aflora insinuante con voz coplera:

...mirando el agua pasar,
tras la corriente del río,
ay, se quisiera marchar...

A lo lejos se oye el rasgueo guitarrero de una patulea de mozos rondadores

LLEGADA

Por la costanilla bajaba un ruido de andares descompasados. Era Felipe, empeñado en sacudirse el viento de medianoche a bofetones.

Chirrió el portón al abrirse y se cerró con estrépito.

—¡Chist! No lo vayas a despertar.

Y mientras así respondía entre dientes Irene a su marido, se secaba rápidamente las lágrimas con el mandil.

Saludó el borracho y repitió al recibir la callada por respuesta:

—Hola. He dicho que hola.

Queriendo mostrar galanía destocóse el chorreante sombrero, pero al iniciar una inclinación de cortesía, perdió el equilibrio y dió de bruces contra la pared.

—¡Maldita sea!

—Poca cosa ha sido pues te quejas.

—¡Perra! ¿Querías que me matara?

Sentía Felipe que un calor líquido le brotaba de las narices.

—Me parece que es sangre. A ver, enciende el candil.

—Con el aceite que tú traes.

—¡Yo qué voy a traer aceite! ¿No están rebosando las zafras de don Julián? Esta noche también habrá venido a ver como sigue el niño ¿no? Como es tan buen médico y tan buen mozo...

De haber sido cuchillos los ojos de Irene hubieran cosido a puñaladas el cuerpo de su marido.

Con esa gracia gorda de los beodos siguió parloteando, y riéndose de su ocurrencia.

—Por luz no te apures que yo vengo bien alumbrado. ¡Je, je!. Pero vamos a dejar esto y saca la cena, Irenita.

Abierto de piernas y apoyada la espalda en la pared, hacía fuerza en ella con las palmas de las manos para sostenerse. Figuraba un espantapájaros del amor conyugal.

Barbotó Irene con estupor airado:

—¿La cena?

—Pero Irenita, ¿esta noche tampoco?

Y variando el tema exclamó el marido:

—¡Huy, que bien hueles!

Encandilado de lubricia trató de acercarse a ella, pero al desprenderse de la pared cayó pesadamente al suelo.

...Y EL NIÑO EN LA VENTANA

Asobinado, hacía Felipe de sus piernas cruzadas vasija de su vómito.

El olor agrio y penetrante a vinazo y suciedad que emanaba del borracho, revolvió esta noche de tal manera a Irene que tremante de asco, sin poder contenerse más, soltó el arco tenso de su indignación, disparando contra su marido los dardos de los rencores tanto tiempo represados, llenándolo de improperios, escupiéndolo, pisoteándolo, poseída de furia exterminante.

Felipe, erguido de pronto, insospechadamente, con el encendido tuero en la mano, acertó dos veces a golpear con abrasante tino el rostro—frente y boca—de su mujer.

—¡Perra, perra mala! ¡Afuera, a la calle!

Amenazador vociferaba el beodo mientras la perseguía tambaleándose sin dejar de esgrimir la quemante arma. Irene gimió su dolor candente y al espolazo del instinto buscó en la calle la salvación. Hasta allí la siguió, lanzado violentamente, el ardiente tuero que al caer en el engorronado recién mojado por la lluvia, se apagó con humeante chisporroteo.

—Hala, que te cure don Julián. ¡Perra!—masculló el borracho atrancando el portón.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—clamó en baladro la reacción materna con boca tímida y sangrante.

Y los femeniles puños aporreaban la puerta.

—Abre, mal hombre. Dáme mi hijo. ¡Mi hijo!

Sentía en la boca sabor de llama y de ceniza. Le abrasaban los labios.

Como un relámpago cruzó ante sí la visión de su cara ajada, y fea, por las cicatrices de las quemaduras.

Con una piedra, empinada sobre las puntas de los pies, aporreó el postigo de la ventana hasta que cedió a los golpes.

—¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Dame mi hijo! ¡Quiero mi hijo!

—¡Made! ¡Made! de...ee!—gimoteó el niño.

—¡Hijo mío! ¡Mi hijo, dame mi hijo!—se desgañitaba Irene asida a los barrotes del ventanuco.

—Tu hijo, tu hijo...Y mío también ¿no?—prorrumpió la obscuridad de la casucha entre risotadas.

Felipe entró en la alcoba, cogió al niño, lo apretó contra su pecho y lo besó. Zollipaba el nene, y la madre seguía demandando:

—Dáme mi hijo, mal hombre. ¡Mi hijo!

—Y mío también ¿no?—volvió a inquirir el recelo del borracho.

Y respondía la maternidad exacerbada:

—¡Mío, mío, y muy mío! ¡Mío y solo mío!

El río Tajo cercano, gimiendo ahocinado entre canchales y talferas de sus abruptas márgenes, sonaba poblando de pavores la vacía negrura de la noche. Sonaba el río con fragor de combate, henchido de aguas revueltas, sucias, por la turbonada.

Sonaba, sonaba el precipitado correr del agua, arrastrándolo todo a su paso.

Desde el altozano y haciendo contrapunto al bronco sonar del río, la fina voz cantante de la ronda, dardeó galleando entre rasgueos de guitarra:

—Lavandera ¿dónde vives?

—le ha preguntado el galán—.

—Vivo donde no quisiera:

Costanilla de Alzapán...

Y la duda que se enroscaba venenosa en el orgullo de macho puesto en solfa, se abalanzó de súbito con atrozante brío sobre la excitada embriaguez de Felipe, que decidió rápido:

—Espera, perra, espera, que ahora te doy tu hijo.

Transida por la congoja lancinante de la copla, el alma de Irene, al alda-bonazo de la promesa, se abrió de par en par con júbilo esperanzado.

—¡Made, madee!

—Calla, maldito

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

—Tómalo. ¡Ahí va!—ofrendó la sevicia beoda.

Y el llanto del niño se quebró para siempre, estrellándose en cruz, al chocar contra los barrotes del ventanuco.

EL POEMA



«¡No le toques ya más,
que así es la Rosa!»

J. R. Jiménez.

TEMOR

Poema: Rosa desprendida del alma, rosal triste de la vida. Surges en el silencio del Crespúsculo para morir con tu propia existencia y tu perfume de amor sutil es tu recuerdo Vida que se destruye por su propia belleza.

Mientras eres, en tanto alientas con el colorido pluriforme de tu espíritu, buscas te comprendan al unirse en sustancia a un corazón. ¡Calla! ¡No te manifiestes! ¡Permanece ignorado en el rincón oculto de tu propio ser! Yo te siento en mis ansias de felicidad, te adivino en toda tu fortaleza porque estás en mí, vives en mí, con la majestad incomparable de tu hermosura. Pero no hables, no viertas en mis oídos la verdad de tu reinado. Quiero que siempre puedas decirme—¡así!—que no has muerto. Quiero guardar siempre la ilusión de tu eternidad. Quiero embriagarme en tus aromas seductores, sin encontrar el bastío de tu pertenencia: esperanzas, ensueños de tu proximidad, anhelos de tu contemplación.

Oyeme, rosa—naturaleza, cielo—. Oye mi angustiada llamada y no me respondas. Sé siempre, pero no seas. Vive, pero no vivas. Está, pero no estés. Huye de mi fantasía y ven a mi realidad de tal forma que engañes mis sentidos con el recuerdo de mis esperanzas.

REALIDAD

Poema. Beldad incomparable de ignoto destino. Suma de amor y verdad que naciste para regir mi vida: ¡Nunca mueras! ¡Destruyete con tu poder oculto si alguien pretende poseerte, pero ven a mí!

ATAQUE

¡Atrás, imprudente Parca! Déjalo. Es mío. ¡Mío! ¡No le toques ya más! Nunca se acercará a tí, pues sabe de tu traición y de mi venganza. ¡Es mío! ¡Se me ofreció cuando vivía en mi corazón! No puede morir, porque conoce que su existencia es mi dicha.

POSESION

Poema: ¡Amor! Ya te tengo para siempre y contigo destruimos la Materia. Rosa de impalpables pétalos: eres así. Eres y no eres, pero existes en mí. Abre mis entrañas y extrae tu hogar, entra en mi ser para poseerme de mi alma. Yo te defiendo, amor de mi vida, yo te comprendo, vida de mi amor. Poema, rosa, alma, amor: eres así.

¡No le toques ya más!

MIGUEL BORRACHERO.